

Con el tiempo uno olvida las caras, te dices. Los nombres, las razones. Uno olvida los motivos. Con el tiempo, te dices, uno pierde los detalles, los descarta. Caminas por Fuencarral entre la gente, cada vez más despacio. Uno olvida qué, cuándo, con quién. Avanzas a la deriva, como sonado, por qué has apartado la mirada, a qué tanto miedo. Si solo es una vieja amiga. El pasado, te dices.

Uno acaba por difuminar las caras, por intercambiar los nombres. Nada tolera diez años de olvido. Nada resiste, te dices, el paso del tiempo. Caminando en la misma dirección que ella pero en sentido contrario. El tiempo, tantísimo tiempo, piensas. Pero, si tú la has reconocido a ella, por qué ella no iba a acordarse de ti. Han pasado diez años, no mil millones de años. En realidad han pasado más de diez años desde la última vez que os visteis, te dices, y sí, parecen mil millones pero no, ni una sombra de duda, ni un titubeo. Era Blanca, estás seguro. Hace tiempo que ha anochecido y hace frío. Los anuncios luminosos, la claridad amarillenta del interior de los bares, los escaparates blancos de las zapaterías. Pero por qué apartar la mirada. La gente camina deprisa a tu alrededor, de regreso a casa, sin ver, pensando en sus cosas, aislados por sus auriculares blancos, una película futurista. A qué viene eso de que nada tolera diez años de olvido. Y por qué rehuir a Blanca. Diez años de olvido, qué olvido. ¿Eso es lo que querías, Polo? Olvidar. Olvidarlo todo, enterrarlo. Ralentizas tanto cada paso que acabas por detenerte en mitad de la

acera, cabizbajo, reflexivo. Alto y vacilante como una torre a punto de desmoronarse, con el pelo desordenado y las manos metidas en los bolsillos laterales del abrigo. A qué viene esta idiotez, Polo. No han pasado mil millones de años, solo diez. Tú la has reconocido al instante. La has encontrado más mayor, más madura, más mujer, más hecha. Estaba guapa, la verdad. Ahora lleva el pelo más cuidado que entonces, media melena, no está tan delgada como antes, ya no parece un chico de espaldas de tan flaca, ¿no has encontrado su expresión más dulce? Solo la has visto un segundo, una visión fugaz, lateral, pero sin duda, Polo, sin duda era ella. La gente se ve obligada a rodearte detenido como estás en medio de la calle, indeciso. Como un meandro humano. Prendido, ardiendo en tus cavilaciones, incandescente. Un impulso, te das la vuelta, aprietas el paso en sentido contrario, escudriñas entre las nuca que suben y bajan a cada paso. Es un impulso. No puede estar muy lejos, te dices, apenas hace un momento que os habéis cruzado. Reconoce que has sido tú el primero en apartar la mirada, a qué tanto miedo, Polo, solo es Blanca, una vieja amiga. Y ella, qué podía hacer ella después de verte girar la cabeza. Cómo pretendías que reaccionase. Si te ha visto desviar la mirada, hacerte el loco, desentenderte del pasado como del filtro de un cigarro, qué podía hacer ella salvo pasar de largo. Al fondo, más lejos de lo que esperabas, ves su abrigo rojo. Menos mal que lleva un abrigo rojo, te dices. Ves su nuca, la melena oscura, muy lisa, salir por debajo de un gorro de lana blanco. Tus pensamientos se ensombrecen, endureces la mandíbula. Es evidente que Blanca no te ha reconocido, ella te saludaría, ella no es como tú, ella se detendría y te saludaría, te daría un abrazo. Pero tú, sin embargo. Por qué apartar la mirada, Polo, plegado al miedo, a qué tanto miedo, si ella nunca supo, nunca sospechó. Caminas rápido, esquivas a la gente que se detiene a mirar los escaparates, que entra y sale de las tiendas. El olor dulzón de la glicerina al pasar por la tienda de jabones. Marchas tan deprisa como puedes aunque sin correr. Sin correr porque qué vas a hacer cuando llegues

a su altura, Polo, qué le dices a alguien después de tanto tiempo. Qué le dices a alguien con quien compartiste tantas cosas hace tanto tiempo. La ves al fondo, el abrigo rojo.

Va, venga, te dices, sé natural.

Tratas de convencerte. Te dices, va, venga, acércate y la agarras del brazo y le dices sencillamente, qué pasa, Blanca, ya no saludas a los amigos. No, a quién quieres engañar, tú no eres así, Polo. Síguela, a ver adónde va, sí, tú eres de esos, de seguir a la gente, de espiar. De ver adónde va, de ver con quién ha quedado. De atar cabos en la sombra, de sacar conclusiones a partir de una palabra escuchada, cazada al azar, de inferir teorías a través de un intercambio de miradas o de un silencio demasiado prolongado. Un furtivo, eso es lo que eres, Polo, un depredador. Qué tonto te has puesto, Polo, de repente. Va, venga, acércate y dile qué pasa, Blanca, dile cuánto tiempo sin vernos, tía, si hará más de diez años que no nos vemos. No, no estás seguro, tal vez después de todo no te acerques ni la cojas del brazo. Tú, Polo, siempre a la expectativa, más de mirar a través de la cerradura. Sí, un cobarde, Polo. Eso es lo que siempre has sido. Chino no era un cobarde, Chino era la hostia, pero qué más da, Chino es como si estuviera muerto, incinerado en tu memoria, te quedan cuatro recuerdos de él como las cuatro polaroids que uno guarda de un amigo muerto. Que le vaya bien, te dices, ojalá que sea feliz, para ti como si estuviera muerto. Te da igual, muerto, cuatro polaroids en el fondo de un cajón. Y a qué viene sacar ahora a Chino. Ay, qué tonto te has puesto de repente, es esta melancolía maldita, te dices, te está dejando sin fuerzas tanta tristeza, de pronto, como si te molieran a palos, como si lloviera muy fuerte y tuvieras que correr a refugiarte, hace un tiempo que no paras de acordarte de ellos. De Chino, de Blanca, te dices. Desde que te encontraste a Nacho hace unos meses, solo, viejo, apoyado en la barra de atrás del Sol, todo este tiempo tratando de olvidar, negándolo todo. Desde que sales con Gabi. Como si ella pudiera salvarte de tu pasado, no seas tonto, Polo, el pasado sigue ahí, sumergido, invisible. Oculto

pero pesado, anclado en el lecho del mar, cubierto de limo y óxido, hinchado y deforme, pero indeleble como una marca de nacimiento, desde que te encontraste con Nacho, pura casualidad, como retorcido en la barra del Sol, el tronco de un árbol, desde entonces no puedes evitar que los recuerdos giren alrededor de tu pensamiento, como orbitándolo, imposible ignorar que el pasado no desaparecerá nunca. Primero te encuentras a Nacho y ahora, unos meses después, te cruzas con su hermana. Blanca, Blanquita, y tú ¿qué es lo primero que haces, Polo? Apartar la mirada. Y luego, darte la vuelta y seguirla, como un cazador, el rastro rojo de su abrigo. Por qué apartar la mirada y luego seguirla ansioso, desesperado.

Todo está conectado, te dices.

Nacho y Blanca. Chino. El pasado.

Y a Gabi, te preguntas, ¿la sigues queriendo? Sí, claro, os queréis muchísimo. Mucho. Os cogéis de la mano y saltáis al vacío desde lo alto de vuestro edificio con vistas a la plaza de Olavide, el hundimiento, paralizados por el pánico a perderos, incapaces de tocaros sin acabar llorando, últimamente las cosas van un poco mejor, te mientes, desde que fuiste al psicólogo, al menos ahora sabes que solo son síntomas, sabes —lo temes— que más tarde o más temprano aflorarán las causas, alguien preguntará y más tarde o más temprano acabará emergiendo el pasado. ¿No tiene todo que ver? Ir al psicólogo, sí, querías creer que lo hacías por ella, por Gabi, por apurar vuestras opciones como pareja, pero también ibas porque deseabas contar, confesar, aligerar tu culpa, buscabas el perdón aunque fuera el perdón terapéutico de un médico, su comprensión, aunque solo fuera la indulgencia profesional de un único hombre, la remisión de los pecados. Desde el principio has suplicado, Polo, has suplicado el perdón y por eso ir al psicólogo, pero de qué te extrañas, era cuestión de tiempo, tarde o temprano él encontraría el hilo y poco a poco el pasado iría emergiendo. Sin saberlo, inconsciente, sin querer verlo, deseabas contárselo a alguien. Tal vez por eso estás persiguiendo a Blanca ahora mismo entre la gente que se agol-

pa en la acera. Levantas la cara y por un instante no ves la espalda roja del abrigo de Blanca, su gorro de lana, parece que la has perdido, mejor, te dices, mejor así, déjalo enterrado, Polo, ahí abajo el pasado no hace daño a nadie, mejor así, bajo tierra, pero no, ahí está su abrigo, menos mal que lleva un abrigo rojo, te dices. Y el gorrito de lana. Vas a pedir una copa en la sala Sol y te encuentras con Nacho, una noche cualquiera, vas a pedir y lo ves apoyado de espaldas en la barra, convertido en un zombi, vampirizado por su pasado, por esos recuerdos luminosos donde los cuatro erais amigos y teníais un grupo de rock. Lastrado, encallado, ardiendo en una hoguera que se extinguió hace más de diez años. Todo este tiempo sin acordarte de nadie y, de pronto, todo vuelve, uno no puede escapar de sus recuerdos como no puede escapar de sí mismo, de su esencia. El pasado como un puñetazo, no miras, no lo esperas, oyes el sonido sordo, sientes el calor en el rostro, y no sabes lo que ha pasado ni qué te ha golpeado. Así avanzas entre la gente, como sonado. Apartar la mirada, un reflejo, de pronto no era Blanca, era el pasado lo que se cruzaba contigo, eras tú mismo lo que veías, mirabas a Blanca y solo veías tu propia oscuridad. Si alguien lo averiguara alguna vez, te miraría con tanto desprecio. Incluso Chino. Te miraría con esa superioridad moral, sin dolor no había daño, nunca lo has vuelto a ver, te largaste a Estados Unidos, que le follen a Chino, por ti como si estuviera muerto, que le vaya muy bien. No te reconoces, echas la vista atrás y te recorre un escalofrío, no te reconoces, a veces te cuesta creer que aquel fueras tú. Sin dolor. Sin dolor no había nada, nada existe si no hay conciencia. La has visto guapa, más que antes, su belleza se ha asentado. Parece mentira, el tiempo. Entonces todo el mundo la llamaba Chicana. A Blanca. Cuánto tiempo, 1997, ya no recuerdas nada de entonces, flashes inconexos. Estaba tan delgada en 1997, casi en los huesos y, aun así, el cuerpo fibroso, elástico, el cabello muy negro, la piel morena, casi rojiza. La recuerdas e instintivamente te pones alerta. No te vuelvas loco, te dices. Es solo una vieja ami-

ga, sé natural, la has encontrado guapa, los rasgos más dulces, asentada, elegante. ¿Y si de alguna forma Blanca lo averiguó? Tal vez Chino, después de todo llevan años viviendo juntos, él siempre sospechó, tal vez hablaron, ataron cabos. La ves cruzar la calle más adelante bajo los anuncios luminosos de los hostales, recortada contra los escaparates, la ves mirar un instante en tu dirección, solo un momento, una mirada tan fugaz que ni siquiera te roza, la mirada automática de quien cruza una calle, los coches detenidos, embotellados, y Blanca que los esquivo, como bailando, los faros le iluminan las piernas por debajo del abrigo. Alcanza la otra acera y luego gira hacia la derecha por una bocacalle desierta. Al abandonar la acera atestada de Fuencarral y desembocar tras ella en la calle Colón, estrecha, oscura, silenciosa, te sientes de pronto desprotegido. Y si se da la vuelta, y si te ve allí siguiéndola, entonces qué vas a decir. Pero ella no se da la vuelta y tú, pegado a la pared, con el cuello del abrigo levantado, la sigues a cierta distancia. Y así, como pisando sus huellas, la ves detenerse delante de un portal y meter la mano en el bolso buscando las llaves, deja en el suelo las bolsas de cartón que carga. Chino se acercaría y la cogería del brazo y le diría sencillamente qué pasa, Blanca, ya no te acuerdas de tu amigo Chino. Pero tú no eres Chino, Chino está muerto para ti, tú eres de los otros, de los que se quedan parados en la acera a medio camino como sorprendido de pronto por los faros de un coche. Solo que no hay faros.

Blanca, Blanca.

Ella se gira alarmada, tu voz ha sonado un poco ansiosa, abrupta. Durante un momento trata de enfocar la sombra que se acerca. El abrigo oscuro. Aún sostiene la llave brillante en el aire.

Qué pasa, Blanca, ya no te acuerdas de los amigos.

Una sonrisa se abre en su cara, sus ojos se dilatan al reconocerte. Polo, exclama. La coges de los hombros y le besas las mejillas con fuerza, ella te aprieta el brazo sin dejar de mirarte.

Polo, dios mío, de dónde sales. Diez años sin vernos y apareces de pronto de entre las sombras.

Más de diez años, Blanca. Te he visto en Fuencarral, quería saludarte.

Ven, sube a casa un segundo, que dejo estas bolsas y vamos a tomar una caña.

Dudas, las bolsas. Mejor no, Polo, de pronto en alerta. Haces ver que tienes prisa, un ligerísimo hormigueo en las yemas de los dedos. Instinto de huida, instinto de supervivencia. Haces ver que tienes prisa pero no es cierto, nadie te espera en casa, Gabi aún no habrá regresado del trabajo, el instinto te chilla. Huir, escapar. Ella cambia de idea en el acto. Ya dejo las bolsas más tarde, ahora ven, vamos a tomar algo, una caña rápida, seguro que para tomarnos una caña tienes tiempo, estás estupendo, Polo, más mayor, encontrarnos por casualidad, estás muy bien, Polo, por dios, qué grande verte, encontrarnos así, y justo ahora, pero cuéntame, ¿te has casado?, ¿tienes hijos?, cuéntame, en qué trabajas. Cuéntame algo, Polo. Ven, vamos aquí, a la taberna, como mi segunda casa.

No hablas, solo te dejas arrastrar, sonríes, Chino está fuera, en Perú nada menos, con los documentales ¿Sabías que se dedicaba a los documentales? Qué tonta, Polo, igual ni sabías que estábamos juntos, ha pasado tanto tiempo, tantas cosas. Algo había oído, Blanca. Pensaba que seguías en Estados Unidos, no, Blanca, hace un par de años que regresé. Ella que tira de ti y tú que te dejas llevar, la miras, está guapa, te dices, le brillan los ojos. Esos ojos oscuros. Enormes. Tal vez otro día, Blanca. No, venga, Polo, una caña y te marchas, no seas tonto, te lo prometo, Polito, una y luego nos vamos. Entráis en la taberna, música de fondo, algo moderno, pop. No hay mucha luz pero tampoco está oscuro. Blanca besa en las mejillas a la chica de la barra. Cómo vas, guapa, que ya no se te ve el pelo por aquí. Blanca se ríe, ya ves, cómo cambian las cosas, antes que no salía y ahora ya ves, este es mi amigo Polo. Qué tal, Polo. Sonríes, levantas la mano. Estás como duro, inarticulado por dentro, imposible hablar. Qué es esa sensación de vacío. No hay casi nadie en el bar. Unos chicos jóvenes amontonados en una de las mesas se ríen. En otra esquina una pareja

bebe en silencio, abstraídos en sus monólogos interiores paralelos.

Qué vueltas da la vida, dice Blanca, qué quieres tomar.

Dices que una caña.

Pues una caña, y para mí una cocaola.

Blanca deja las bolsas sobre la mesa mientras tú te sientas en un taburete bajo. Primero te quitas el abrigo y luego te sientas, te notas pálido, atontado, débil, excitado como un furtivo y a la vez rígido por dentro. La miras, ella sigue en pie, con el abrigo y el gorro aún puestos. Te mira risueña, tan ingenua, ¿puede ser que ella nunca supiera nada? ¿Que cruzara aquel infierno sin romperse, que saliera indemne a pesar de su papel desencadenante, acelerador? Aún me parece mentira estar aquí contigo, Polo. La contemplas, permanece de pie, dice tachán cuando se abre el abrigo rojo y lo deja abierto para que veas lo que hay dentro, como si estuviera desnuda. Pero no está desnuda. No entiendes. Tardas un momento, un segundo, en percibir el volumen, el relieve, una confusión elástica que resuelves con asombro, Dios, Blanca, enhorabuena. Tardas. Una imagen cruza tu mente, una décima de segundo, pero luego te deshaces de ella, te esfuerzas para que desaparezca, y se te escapa una expresión de auténtico asombro al contemplar la pequeña hinchazón de su vientre.

Tachán, esto no te lo esperabas, ¿verdad, Polo?

Blanca se ríe, echa la cabeza hacia atrás mientras acaricia la curvatura de su tripa, ríe, ríe. Te levantas del taburete y la besas de nuevo en la mejilla y la miras y tartamudeas, entrecortas palabras sin orden, Blanca, pero qué sorpresa, esto es, tía, joder, esto es la hostia, Blanca, qué mayores somos ya, Blanca, dios, embarazada, es increíble, Blanca, qué maravilla.

Estoy de cinco meses.

Blanca es dos ojos brillantes. Qué bueno encontrarnos, dice ella risueña, de pie con el gorro blanco aún en la cabeza, qué bueno encontrarnos justo en este momento. Y Chino en Perú, nada menos. Blanca se ríe. Documentales de naturaleza, ya ves, Chino un apasionado de los bichos, quién lo iba a decir.



Blanca se frota la tripa y ya ves, Polo, cuántas vueltas da la vida, y Chino, quién iba a decir que acabaríamos juntos, Perú, nada menos, pero cuéntame, Polo, cuéntame cómo te ha tratado la vida todos estos años, a qué te has dedicado todo este tiempo.

Piensas, a esconderme, Blanca, a eso he dedicado mi vida. A enterrarme, piensas, pero no es eso lo que contestas. Dices, poca cosa, Blanca, al final trabajo en el banco, sí, el mismo donde trabajaba mi padre, cosas que pasan, las veces que dije entonces que nunca trabajaría en un banco, que antes muerto, las veces que dije que antes me mato, sí, con una chica, la conoces, creo, Gabi, entonces salía con García Campos, uno del Cha que era imbécil, una rubita, con los ojos azules. Blanca que agranda los ojos negros con cada una de tus respuestas. Tienes que acordarte de ella, se conocieron en el Ces, sí, eso es, la holandesa aunque en realidad nunca fue holandesa. Tus palabras nerviosas, atropelladas. Cuántas vueltas, dios mío, da la vida, sí, muy guapa, muy rubia, los ojos azules, muy claros. No hablas mucho de Gabi, pasas de puntillas por su lado, no entras en por qué habéis perdido pie, no detallas la precisión quirúrgica con que os estáis dañando, destruyendo. No hablas de la terapia, del psicólogo, no hablas de la culpabilidad, no hablas de que sin dolor no hay daño. Te avergüenzas de tus extraños sentimientos, siempre oscuros, sí, muchas vueltas, Blanca, quién nos iba a decir que acabaríamos así.

Blanca sonríe. De pronto su sonrisa se tensa, se le congela en los labios. Uno olvida las caras, los nombres, uno pierde los detalles, los descarta. No, Blanca, piensas. No empecemos, deja el pasado donde está. A veces me acuerdo, dice Blanca, sus ojos parecen vibrar. A veces me acuerdo del grupo, todavía tengo nuestra maqueta, Polo, grabada en una cinta.

Apuras la caña, la espuma como de afeitar pegada al fondo del vaso, la miras. Todo aquello ha desaparecido, Blanca, incinerado, corroído por el tiempo, si lo pudieras tocar con las manos, no puedes, pero si lo pudieras tocar con las manos se

convertiría en polvo. Miras el reloj, es tardísimo, Blanca, lo siento, de verdad me encantaría quedarme más, pero. ¿No te parece increíble, Polo, una cinta? Ya ni puedo escucharla en el coche. Contestas que algunas veces es mejor dejar el pasado donde está y ya te estás disculpando, tienes que irte, de verdad, Blanca, es muy tarde, y te das cuenta de que ella sigue siendo inocente, limpia. Que Blanca siempre ha sido luz, que ya lo era entonces y lo sigue siendo ahora. Una cinta, dice, casi mejor no poder escucharla, cuando me acuerdo del grupo se me parte el alma. La miras, más guapa que nunca, embarazada, Blanca que desprende luz, que te ciega con su luz y, sin embargo, vosotros. Tú sobre todo. Tú que has dedicado estos diez años a olvidar y Nacho que, al contrario, los ha empleado en recordar, en pensar, en ver una y otra vez la película de los hechos, tratando de encontrar una explicación a su mala suerte. Te golpean las imágenes, te horrorizan pero hace tanto tiempo, mejor olvidar. A veces, Polo, me digo que éramos buenos. Polo, a veces pienso en el grupo y se me parte el alma. Y de verdad, Blanca, que tengo que irme, de verdad que llego tarde, Gabi me está esperando, le dije que hoy iríamos a, te levantas del asiento, tropiezas con el taburete, te pones el abrigo, te haces un lío con el abrigo. Le dices a Blanca que tenéis que veros, que tú vives muy cerca, en Olavide, que cuando vuelva Chino tenéis que quedar, saluda a tu hermano, me lo encontré hace unos meses, en el Sol, siempre me digo que tengo que llamarlo pero ya sabes cómo es esto, al final uno nunca encuentra tiempo. Y te pones el abrigo y Blanca te mira sobresaltada, ¿lo viste, a Nacho? Y tú, sí, casualidad, una noche en la sala Sol, y repites las mismas palabras una vez más, prácticamente en el mismo orden, embarullado con el abrigo, repites que tenéis que veros, todos juntos otra vez, como antes, con Chino, con Nacho, los cuatro. Lo repites cada vez más despacio porque notas que Blanca te sujeta de la manga, está como blanda, suspendida, observas su mano aferrada a tu abrigo y su mirada fija en ti, suplicante. Es como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Quieto, de pie,

la miras, la esperas, no entiendes qué está pasando. Ella sentada tarda, tarda mucho en empezar a hablar. De pie, sujeto por la manga, observándola como suspendida. Blanca tarda mucho, muchísimo, en decir:

Polo, ¿no lo sabes?

De verdad, Polo, ¿no sabes lo de mi hermano?